

LITERALES *≈* MARÍA GABRIELA COLMENARES

# El chico que miente

Primer estreno venezolano de 2011. Precedida por la noticia de su selección para participar en la competencia *Generation*, dedicada a filmes con temática infantil y juvenil, de la prestigiosa Berlinale en su edición de este año. Producto del equipo autoral integrado por Marité Ugás, quien en esta ocasión asume el rol de directora, y Mariana Rondón, productora en esta oportunidad. Parcialmente filmada en territorio del estado Vargas, devastado en diciembre de 1999 por una catástrofe natural que dejó heridas profundas en el venezolano y primer largometraje de ficción relacionado con este tema. Sin duda, muchas expectativas alrededor de un film que, antes que nada, amerita una aproximación desapasionada y analítica.

¿Qué hay en *El chico que miente*? Dos

temporalidades que se alternan a lo largo del relato. En el presente narrativo, el recorrido de un niño, solo, por la costa venezolana, desde Vargas hasta Falcón, de acuerdo con las referencias que ofrece el film. Carreteras, parajes abandonados, pueblos aislados del resto del país, desarrollos habitacionales de corte gubernamental que parecen desolados, gente que se aprovecha de los demás o los ayuda sólo cuando les conviene. En resumen, un país que retorna al primitivismo y deja atrás la modernidad. En el pasado narrativo, constituido por los acontecimientos previos al viaje del niño, se muestra lo que persiste de la destrucción ocurrida en Los Corales en diciembre de 1999. Enormes rocas, edificios en ruinas, soledad, aislamiento, precariedad, una especie de comunidad de sobrevivientes que se aferra a los restos de su hogar, dolor, ausencia, pérdida.

¿Qué no hay en *El chico que miente*? El relato directo, en imágenes, de la tragedia de Vargas, pues ésta siempre es evocada verbalmente por el niño y otros personajes. La parte de Vargas que, a duras penas y con gran lentitud, ha sido reconstruida para continuar maltratada por las políticas gubernamentales. La geografía de nuestra costa centro-occidental con todas sus coordenadas. La Venezuela urbana. El Estado y sus instituciones.

La narración sigue el esquema del viaje, como en su oportunidad lo hizo Luis Armando Roche en *El cine soy yo* (1975) y *Aire libre* (1996) pero, al contrario de los filmes de Roche, el viaje de *El chico que miente* está constituido por episodios que repiten un patrón casi idéntico: el chico busca ayuda para llegar a un lugar, la encuentra, allí interactúa con la gente, con mayor o menor fortuna, para luego irse y así sucesivamente. Y entre un episodio y otro, se van insertando las escenas que narran su vida en Los Corales, con el padre y los vecinos, hasta que toma la decisión de partir en busca de la madre. Este esquema narrativo, pleno de momentos contemplativos en los que el paisaje y el silencio enmarcan al personaje, envuelve a los personajes en un aura etérea, casi de irrealidad, y por momentos, quizás por la reiteración de una misma estructura, genera cierto tedio en el espectador.

Con base en esta breve descripción, mi conclusión es que la película de Ugás no se propone ser un relato realista de los efectos de la catástrofe de Vargas. Se trata más

bien de un film que pretende inscribir al espectador en una serie de emociones y sentimientos suscitados por la particular estructura del relato y la configuración de las imágenes y el sonido. En este sentido, las emociones predominantes son, sin duda, la pérdida, el dolor y la incertidumbre.

El relato del viaje tiene mayor interés que el de la vida del niño con el padre y los vecinos en el edificio en ruinas. Este último padece la intensidad y el *pathos* de las actuaciones de Francisco Denis y el elenco actoral del TET. El viaje, por el contrario, presenta una serie de personajes que, interpretados o no por actores, muestran, aquí y allá, destellos de la cultura y la idiosincrasia de nuestros pueblos costeros y de una cierta venezolanidad que, aunque no nos guste, forma parte de lo que somos. Destaca aquí la pareja de ancianos que acoge al niño en su primera parada. El desenlace, por otra parte, tiene la virtud de evitar las exaltaciones maternas a las que nos tiene tan acostumbrados el patriarcado criollo y, además, de negar la clausura del relato, invitando a la persistencia de la incertidumbre.

*El chico que miente* está a años luz de *A la media noche y media* (1999), en la que Ugás y Rondón compartieron la dirección. Un progreso en la filmografía de su autora, sin duda. Y un síntoma del pudor de nuestro cine en relación con los temas más dolorosos de la Venezuela de finales del siglo XX.

